



NUMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincias.—Mes, 1 peseta; Trimestre, 2.50; Semestre, 5
Año, 10.—Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de
Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

¡DISCIPLINA!

Es la palabra en moda. Desde Pi hasta Zorrilla, desde las juntas directivas hasta los comités de menor cuantía, todos los republicanos agremiados exclaman á voz en grito: «¡disciplina! ¡disciplina!»

Hacen perfectamente en proclamarla aquellos que crean de buena fe que en ella estriba el triunfo de la República: lo contrario sería hacer traición á sus convicciones.

Los centralistas, especialmente el Sr. Salmerón, no dejan en paz estos últimos días á la palabra disciplina: de ella lo esperan todo.

Yo, que al revés de muchos, tengo á honra el ser indisciplinado y en proclamarme eterno disidente de todas las farsas, no quiero en esta ocasión ser la nota discordante, y formo coro con todos gritando: «¡disciplina! ¡disciplina!» hallándome además dispuesto á ingresar en una agrupación organizada en cuanto alguien me dé el ejemplo.

Vuelvan al progresismo los Sres. Salmerón, Pedregal, Azcárate y cuantos por un acto de indisciplinación se separaron de él, y los imitaré en seguida.

Pero mientras no hagan más que predicar, sin volver al partido que abandonaron, hoy que no tienen ya ni la disculpa de disentir en la cuestión de procedimientos, séame permitido, á mi, republicano modesto, hacer lo que ellos hacen y no lo que dicen; conducta igual la suya á la de Castelar, tan severa y enérgicamente condenada por Salmerón en el Congreso, de empujar á los demás por un camino que él no sigue.

Predicar con el ejemplo ha sido siempre la mejor forma de convencer; y en este caso concreto, podría afirmarse que no quedaría un republicano sin someterse á la más severa disciplina, si el Sr. Salmerón y los suyos le dieran el altísimo ejemplo de volver al partido que abandonaron; porque con esto, á más de destruir la extendida creencia de que lo hicieron por ambición personal, darían una prueba de lealtad, de moralidad y de abnegación que haría imposible en adelante toda disidencia.

Den esa prueba, y la indisciplinación acabará.

JOSÉ NAKENS.

CONFIRMA EL ANTERIOR

«Jamás los republicanos se han mostrado como al presente, tan convencidos de la grave responsabilidad que ante el país contraerían, si tolerasen por más tiempo el vergonzoso espectáculo y la abyección envilecida de los partidos que defienden el régimen que padece la patria española, cada vez más cernana á su ruina, si el viril y patriótico esfuerzo de los defensores de la legalidad vencida por un soldado rebelde en la famosa madrugada del 3 de Enero, no acude en su ayuda con la decisión y el brío que el estado angustioso del país demanda de nosotros.»

En esta forma empieza un artículo titulado *Nuestro deber*, y termina en esta otra:

«De no proceder con la abnegación viril y patriótica á que nuestro deber nos obliga, sería lo mejor que nos retirásemos á nuestros hogares para llorar como débiles mujeres las vergüenzas que no habríamos sabido evitar como hombres.»

¿Que si el artículo es de Et. Morin? No, aunque lo parece. Es de *La Justicia*, órgano del partido centralista.

El artículo es enérgico y contundente. Ahí van unos párrafos para muestra:

«Uno de los primeros actos de los Gobiernos de la restauración fué devolver á la Tratatística el importe de las multas que le impusieron los Gobiernos republicanos, que pudieron pecar, y acaso pecaron, de inexpertos, pero á los cuales nadie osó jamás culpar de no vivir en estrecha relación amorosa con la ley, con la virtud, con el honor.

Se ha demostrado en el Congreso que el pacto del Zanjón valió dinero á los caudillos del filibusterismo, mientras los licenciados del ejército continúan aún sin percibir sus haberes, ni otra recompensa que las jermias lamentaciones de los que hab'án de la integridad de la patria, y se oponen á ella á toda hora por espíritu de cobardía y egoísta devoción á los Braganzas y Borbones.

Después de veinte años de paz, no tenemos ejército, ni marina, ni Hacienda, y nos hallamos en vísperas de la bancarrota. Explotadas nuestras colonias; atados nuestros brazos en África; esclavo el Jurado de una ley hecha para su descrédito por un doctrinarismo hipócrita; violados los fueros del Parlamento, de los tribunales y del derecho con una reforma hipotecaria cuya finalidad, según dijo sin ser desmentido por nadie el señor Martos, era la de regalar á una empresa trescientos sesenta millones de reales; sin más arbitrio los ciudadanos que el capricho del poder y la influencia para que el derecho sea garantía de su vida y amparo y custodia de sus más sagrados intereses; vivimos una existencia degradada de esclavos, sin voto, sin el influjo debido en los cambios de la vida pública, y sin más relaciones con el poder que las precisas cuando éste necesita el oro ó la sangre de los españoles.»

«Falsificado el Parlamento, y á merced, por lo tanto, del gobierno, á quien debiera fiscalizar, las mudanzas del poder obedecen, en apariencia al menos, á una institución irresponsable. La lucha en los comicios sólo es estímulo y acicate para avivar en los corazones republicanos la fe en sus ideas. Como medio eficaz para conseguir la restauración de la legalidad que apetecemos, jamás el voto público llegará á constituir un elemento insustituible de nuestra victoria.

La Constitución imperante es incompatible con la soberanía de la nación. Sólo es, á virtud de sus preceptos, soberana la corona. Insensato sería suponer al poder irresponsable capaz de rendir sus privilegios voluntariamente ante la augusta voluntad de la opinión pública. Si fuera necesaria una prueba, la causa misma de que históricamente se deriva la restauración borbónica,—que no nació, eu verdad, por causa de una decisión del voto público,—es más que suficiente para deponer en pro de esta verdad axiomática.»

En todo eso no hay exageración alguna; es una fotografía de la restauración hecha al sol de la justicia. Nunca el periódico que lleva esa palabra por título estuvo más dentro de él.

Solamente se me ocurre hacer esta ligera observación: Si todos los males tan magistralmente pintados eran anteriores á la formación del partido centralista, y la lucha legal en los comicios era ya ineficaz entonces, y regía la misma Constitución que hoy se juzga incompatible con la soberanía de la nación, ¿para qué se formó ese partido, trayendo una perturbación nueva, que tan provechosa ha sido para la monarquía? ¿Para qué dividir al progresista, que afirmaba resueltamente todo eso?

La única contestación aceptable sería la de que el Sr. Salmerón se equivocó al formar iglesia aparte; y

la única manera de remediar el mal causado, reingresar en el partido del Sr. Zorrilla, como en otro lugar digo.

Por esto sería de un efecto colosal en la opinión republicana el que volviesen los centralistas á la disciplina al volver á la realidad. Haría más por la unión de todos ese acto, que doscientos discursos como el magistral pronunciado últimamente por el Sr. Salmerón.

BUEN CAMINO MAL ANDADO

Hay que decir la verdad á los monárquicos en el Congreso, mas no de manera que sirva para unirlos.

Los últimos debates promovidos por los republicanos me han encantado por lo enérgicos, pero me han descorazonado por su vaguedad, tanto que no ha pasado día sin echar de menos á aquel Figueras, que sabía, sin pronunciar discursos monumentales, perturbar, dividir á los monárquicos, y que fueran ellos mismos los que se pusieran al descubierto.

Los diputados actuales lo entienden de otro modo. Pronuncian discursos grandilocuentes, pero sólo consiguen unir á los enemigos; porque no es con generalidades con lo que debe combatirse á los gobiernos de la monarquía, sino con hechos concretos que no puedan ser rechazados, con acusaciones que no puedan ser rebatidas.

Afirmar que hay mucha inmoralidad en España, es ya ejercer de Pero Grullo. El país lo sabe porque lo toca, y además porque no hay periódico de oposición que no se lo diga á diario. Señalar dónde está y en qué consiste la inmoralidad, esta es la misión del diputado, no el recitar artículos de fondo más ó menos ampliados.

Con los medios de comprobación que los diputados tienen, nada más fácil que aportar datos que convengan y destruyan. Una cifra exacta de una inmoralidad cualquiera, vale por cien discursos. «Tal negocio produjo tanto á fulano; en tal otro entraron zutano y mengano»... Esto es lo práctico, lo incontestable, lo que ellos pueden hacer al amparo de la inmunidad parlamentaria.

Claro es que desde el Congreso tienen más eco las acusaciones; que las mismas lanzadas en la prensa aumentan en importancia; pero como á unas apreciaciones se contesta con otras, nada se saca en limpio al fin.

Cada diputado debería encargarse de estudiar y comprobar una inmoralidad; y una vez en terreno firme, arrojársela á la cara á los monárquicos.

Mas ya que no quieren hacer esto, si no que, como antes he dicho, se contentan con parafrasear eloquentemente lo que la prensa dice, tengan al menos el valor de sostener sus juicios y sus palabras, y una vez lanzados, no los retiren ni las expliquen. Lo dicho, dicho debe quedar, resulte ofendido quien quiera.

¿Qué puede ocurrir? ¿Qué los echen del Congreso? Mejor. Así como así, casi todos predicán ya el retraimiento. De este modo pondrán en armonía sus obras con sus palabras. ¿Y qué efecto produciría en la opinión el hecho de ver arrojados á los republicanos del Congreso por defender la moralidad! Porque esto es lo que resultaría entonces, y sólo esto.

Mientras que hoy quedan malparados, porque lo

que ganan al acometer briosos lo pierden al retirarse prudentes; porque sus apostrofes son anulados por sus explicaciones; porque sus crudezas de frase resultan mieles al declarar que no quieren ofender á nadie.

¿Que no quieren ofender á nadie? Entonces ¿para qué hablan? Su misión allí es ofender á todo el que ofenda á la moralidad; régimen ó gobierno, diputado ó institución. Si no pueden hacerlo así, retirense; si pueden, háganlo. Retirar una acusación ó explicar una frase cuando la intención fué clara y transparente, sólo sirve para que los enemigos alcancen triunfos donde sólo deberían encontrar derrotas, y para que no prevalezca la razón sobre el convencionalismo.

Duro en los monárquicos; por mucho malo que se les diga, más merecen; pero ¡por Cristo! que no se le dé pretexto para unirse, cuando su división nos favorecería.

He aquí porque he predicado el retraimiento, que hoy aceptan ya todos. Sin la presencia de los republicanos en el Congreso, conservadores y fusionistas se hubieran destrozado ya. Esta es una verdad innegable, que cada día recibe confirmación más cumplida.

Hay que meditar sobre esto, y más aún que sobre esto, sobre la actitud que debe adoptar el partido republicano ante el reto impolítico de Sagasta; hay que obrar con prontitud y energía, si no queremos que el mismo hombre que llamó hace poco á los diputados *mansos corderos*, crea que efectivamente no sirven, como también les ha dicho, más que *para pedir que se cuente el número de diputados que hay en el salón al comenzar las sesiones*.

Si cuando lanzó á los diputados á la revolución, ellos se levantan como un solo hombre diciendo: ¡allá vamos!, esta sola amenaza hubiera bastado para derribar á Sagasta del poder. Ya que no lo hicieron, pueden remediar ese descuido apercibiéndose para la lucha en plazo breve.

Inténtenlo, y la opinión republicana estará con ellos en absoluto.

LA INMORALIDAD

A menudo se descubren en Francia focos de inmoralidad. No bien se ha extinguido uno, aparece otro. Indudablemente la moralidad no es patrimonio de ésta ó aquella forma de gobierno,

Mas allí, por lo menos, se castiga á los autores: el negocio de las condecoraciones arrastró al Presidente de la República; el del Panamá abrió á algunos personajes, entre ellos un ministro, las puertas del presidio y guillotín ó otros moral y civilmente; el reciente de las inmoralidades de algunos periódicos, va llevando cada día nuevos inquilinos á la cárcel.

¿Sucede aquí lo mismo? No. Las inmoralidades descubiertas no se castigan, ni menos se procura descubrir las ocultas. Aquí los gobiernos echan un velo protector hasta sobre las de sus adversarios; hoy por ti y por mi mañana.

¿Es que aquí no hay tanta inmoralidad? ¡Oh! sí; hay la misma, sólo que, como apenas tenemos dinero, se nota menos. No produce el mismo ruido un duro cayendo en su sima, que si cayeran doscientos. Pero la calidad es la misma, si la cantidad no.

Aquí, donde la vida industrial y mercantil es pobre, donde no se acometen grandes obras, ni hay empresas poderosísimas, claro es que no pueden descubrirse negocios como el del Panamá; pero en pequeño, hay un Panamá bajo cualquier carpeta.

No pasa aquí lo que en Dinamarca, que sólo había algo que oír á podrido; aquí hay mucho. ¿Dónde está el hombre de brazo fuerte y poderoso que corte de raíz esa podredumbre? ¿Dónde la voluntad enérgica y avasalladora que acometa esa empresa colosal?

No lo sé; mas donde quiera que asome, allí correrá El Motin.

DEGENERACIÓN

Tengo á la vista en la redacción un cuadro dedicado á los liberales españoles, con los retratos de los héroes de la libertad, desde Diego de Heredia, decapitado en Aragón en 1592, hasta Marcelino López, fusilado en Madrid en 1848, y antójasele á ratos que los hechos que se les atribuyen son fabulosos, que no murieron como se dice, y hasta que sus nombres y sus hechos son inventados; y me fundo en que es físicamente imposible que de tan honrados, valerosos y desinteresados varones, hayamos salido nosotros, tan indignos, tan cobardes y tan egoístas. El león engendra siempre leones, que serán menos robustos ó menos fieros según que nazcan y vivan en este clima ó aquel, pero jamás engendra liebres; y liebres, como ellas asustadizas, somos hoy los españoles.

Propongo, por lo tanto, que se registren cuidadosa-

mente los archivos y se hojeen las historias, para averiguar si efectivamente han existido en otros siglos los Padillas, los Bravos, los Maldonados, los Acunas, y en el presente los Riegos, los Empeñados, los Polier, los Lacy, los Zurbanos y los Valtarras; y si es verdad que han pasado ayer por el mundo de los vivos los Dulces, los Prim, los Serranos, y tantos otros como se dice que se indignaban al sentirse heridos en su dignidad ó al oír que la patria lanzaba gritos de angustia.

Y si para honra suya y mengua nuestra hubieran existido, propongo que se destruyan los monumentos y los libros que lo acrediten, á fin de que pasen á la categoría de los héroes de leyenda; que menos vergonzoso será para nosotros tener un mito más en nuestra historia, que venir de tales hombres. Vale más descender de esclavos y acabar en reyes, que venir de quien ciñó corona y arrastrar cadena.

Rápido ha sido el descenso en los caracteres. Hoy se habla ya de la generación pasada como si estuviese muy lejos, como si hubiera dos siglos de por medio. Nos parecen sus hombres de otra raza superior, y nos admiran lo mismo los arranques de un Narvaez embarcando al embajador inglés, que el valor de un Olózaga presentándose á defenderse en el Congreso cuando todos lo creían en el extranjero.

En este naufragio casi total de caracteres, lo mismo nos envanece con los hechos de un moderado que con los de un progresista. Buscamos hombres, no ideas; éstas nos sobran, aquellos nos faltan. Nos seduce lo grande, realicelo quien lo realice. La historia desprecia las pequeñeces; hechos grandes y hombres grandes; esto es lo que recoge. Que piensen éstos de una ó de otra manera; que aquéllos resulten buenos ó malos, nada le importa. Por eso, á la distancia en que nos hallamos, igual nos entusiasmos como españoles por los discursos de Ríos Rosas que por los de Rivero; por el heroísmo de los federales en Andalucía, que por el de los carlistas en el Norte. ¿Quiere esto decir que abjuremos de nuestras particulares opiniones? No; combatimos con más empeño que nunca las ideas que representaban algunos de los citados; pero vamos por esto á negar nuestra admiración á los nombres que se salieron del molde vulgar para sostener sus ideas respectivas, y mucho menos hoy, que no tropezamos con uno siquiera que se parezca á ellos? ¿Vamos á negar que haya habido gigantes porque seamos pigmeos?

Y que lo somos todos, lo prueba el que no hay uno siquiera que se lance á imitar lo que hicieron los hombres del cuadro que tengo en la redacción, hombres de cuya existencia dudo al ver que en nada nos parecemos á ellos, á pesar de que pasamos por descendientes suyos.

PACOTILLA

La siguiente es del que ha hecho célebre en España ese título, del saladisimo Pepe Estraña:

«El marqués de Pidal en el Senado,
con ingenio sutil

sacó los trapos sucios de un obispo
famoso, á relucir.

Se trata del obispo protestante
consagrado en Madrid,
al cual dicho marqués puso lo mismo
que hoja de perejil.

Le acusó de maléficas acciones
ante todo el país,

y habló de concubinas y de lios
con cierto retintín.

Como el señor marqués es buen católico
—yo lo supongo así—

ha incurrido en pecado haciendo público
ese escándalo vil.

Me atengo á la teoría de un obispo
que ha predicado aquí,

que peca más que el que la acción comete,
el que la hace imprimir.

Y si es pecado hacerlo en un periódico
que leen ocho mil,

¿qué será hacerlo donde todo el mundo
por fuerza lo ha de oír?

¿Y si luego resulta que al egregio
canónigo-civil

no le informaron bien, y es inexacto
cuanto él espuso allí?

¡Oh, que remordimientos de conciencia
sufrirá el infeliz

si no es exacto lo que dijo. A Roma
tendrá el hombre que ir.

Respecto á la virtud del protestante
no digo no ni sí,

ni de su castidad en pró pondría
un grano de maíz.

Pero admiro el ingenio de ese prócer
que tiene mucho *chic*
y eclipsaría pronto á Pepe Nakens
si entrara en El Motin!»

¿Qué razón tienes, tocayo! Por eclipsado me daría en el momento que entrase un neo en la redacción de El Motin para ocuparse de la conducta de los curas de otras religiones.

Cuando lei lo que el marqués de Pidal dijo en el Senado acerca del obispo Cabrera (para mi tan obispo como los otros, y tan censurable por lo tanto, le dije á mi compañero Vallejo: «¿Ese senador si que sabe hacer flores místicas! Si supiera que iba á aceptarla, le ofrecería una plaza de redactor.»

Porque ¡camará!, aquello si que fué tirarle al Cabrera, y eso que no lo consideraba obispo de verdad. Si llega á creerlo tal, pide que lo lleven al palo.

Tenemos que desengañarnos, Pepe. No servimos ni para descalzar á los clericales en esto de burlarse de las religiones diferentes de la suya, y aun de ésta, cuando se ponen á ello. Nunca, al ocuparme de las amas de cura, me he propasado á decir lo que el marqués de Pidal dijo de la esposa del obispo Cabrera en pleno Senado.

La consecuencia que se saca de todo esto, no me disgusta, porque es esta:

Se puede y se debe poner en ridículo y combatir á los clérigos y curas de las religiones contrarias á la que profesamos.

Es así que yo no profeso ninguna...

Luego yo puedo y debo combatir y poner en ridículo á los obispos y curas de todas las religiones, incluso la católica.

Y que me saquen de aquí.

LA ESPAÑA DE LA RESTAURACIÓN

España es eminentemente católica; sobre esto no cabe discusión. Negar la verdad cuando se muestra con tal evidencia, ni á nada conduce ni de nada sirve. Conste, pues, que reconozco y declaro que España es eminentemente católica.

Y no lo digo porque mantenga un clero numeroso, ni alce centenares de conventos, ni esté organizada en millares de asociaciones religiosas, ni celebre á diario procesiones ni otras fiestas, ni lluevan las misiones, ni abunden las romerías, ni se perpetren peregrinaciones, ni haya santos milagrosos, ni aguas idem, no; todo eso puede muy bien existir sin que tome parte en ello el sentimiento religioso: la tradición, la rutina, la hipocresía suelen imitar tan perfectamente los actos privativos de la fe, que es casi imposible á los débiles ojos de la imperfecta criatura humana advertir la falsificación.

Lo digo, porque como la religión influye tan directa y poderosamente en las costumbres, en ellas hay que buscar argumentos para confundir á los que tienen el atrevimiento de negar las grandes ventajas que á los pueblos trae el sentimiento religioso, y más si encarna en la única religión verdadera que existe, según aquellos que por dicha suya la profesan.

Y al buscar en las costumbres, encuentro que, por confesión de propios y extraños, de religiosos y ateos, España es hoy el país más desdichado que existe en Europa, por la inmoralidad de sus clases directoras; por cometerse á diario crímenes feroces; por que no se pide el bienestar al trabajo, sino al engaño y al azar; por que los caracteres viriles son raros y el nivel moral descende más cada día.

Los osados y los pillos, sinónimos en muchas ocasiones, medran que es un contento, mientras los dignos y los decentes apenas si logran no morir; se hace granjería del honor y se eleva la desvergüenza á la categoría de deber; la palabra *listo* se aplica con admiración al que no se para en barras para enriquecerse, y la de *tonto* al que se ve detenido en el camino de la fortuna por honrados escrúpulos: el *jenri queceos* es hoy el credo, el programa, la única aspiración de las gentes, ¿cómo? Por todos los medios. Si se puede honradamente, bien; y sino, también.

En otro terreno, las costumbres no pueden temer la comparación con las más reprobadas de las épocas más inmorales de la historia. Pase por que haya más prostitutas que nunca, pues en esto puede influir mucho el hambre; más no que los hombres las imiten y las superen. Viénesse observando que cada año es mayor el número de los que se visten de mujeres en Carnaval, imitando á la perfección sus movimientos. En el último fueron tantos los que se disfrazaron de mujeres ó de bebés, recorriendo las calles y los paseos luciendo las pantorrillas, moviendo las caderas y presumiendo de escote, que no parecía sino que estábamos en plena isla de San Balandrán. Y no digo nada de los escándalos en locales cerrados, que refirió la prensa: Sodoma quedó en mantillas.

¿Que se debió haber hecho con ellos? Prescindiendo

de derechos individuales, leyes, etc., que sólo se han dictado para hombres y mujeres, es decir, para el género masculino y femenino, no para el neutro, debió cogérseles, embarcarlos para Melilla y soltarlos en tierra de rifeños, por más que muchos ó casi todos lo hubiesen agradecido. Pero nada se hizo; ó se temió despoblar á Madrid, ó la secta cuenta con poderosos protectores; me inclino á creer lo último.

¿Y desde cuando ocurre todo esto, ó por lo menos se ha desarrollado hasta un extremo que asusta? Desde que la restauración vino á poner orden en el desorden revolucionario, desde que las bálulas de la opinión se cerraron, desde que se creyó de buen tono aparentar ideas religiosas, desde que la basura fraíluna barrida en Francia se extendió por el país.

En el período revolucionario se hablaba, se discutía de derechos, de reformas; se celebraban manifestaciones, *meetings*, se invocaban recuerdos gloriosos, tenía la opinión aspiraciones levantadas; algo de esto muy mal coordinado, no muy bien dirigido, ridículo á veces; pero siempre varonil, siempre español.

Desde la restauración todo cambió. Una vez terminada la guerra carlista, el ansia de gozar se manifestó sin freno en los que durante el período revolucionario habían sufrido privaciones; fué meritorio el descaro, virtuosa la apostasia, se cotizó la desvergüenza, y toda la chusma que figuraba en el campo republicano se pasó á la monarquía.

Y desde entonces la restauración es un lodazal, donde van cayendo hoy unos, mañana otros, todos los débiles, todos los ambiciosos de bajo vuelo, todo el que se siente por dentro un miserable; y para ahogar los gritos de la conciencia, se reza mucho, se permite al clericalismo apoderarse de España, y que, á cambio del cielo que ofrece sin saber que existe, se vaya apoderando de la tierra, de cuya existencia nadie puede dudar.

El clero transige con la restauración, ésta lo protege, España se arruina, y ocurre, poco más ó menos, lo que dijo un poeta cuando era republicano y no sabía á qué sabían los ochavos de la restauración, don Eugenio Selles, en uno de sus dramas, el titulado *Maldades que son justicias*:

Hoy está España profesa
tomando hábito de monje
con sus tres votos en regla.
Por voto de castidad
infecunda se despuebla,
no hay un escudo en sus arcas
por el voto de pobreza,
por el de humildad da el rostro
si Europa la abofetea
y esconde la mano dura
que tuvo en peso la tierra.
¡Oh! bien las tocas merece
mujeriles ó frailescas;
si no puede con la malla
vista la cobarde jerga.

Fango por todas partes, mucho fango, pero fango con colorete, como decía Victor Hugo. A corazones podridos, caras contritas; á almas corrompidas, labios que rezan; la ganzúa en una mano, y la otra en agua bendita.

Así se vive en la España de la restauración.



—No estoy exento de vicio,
pero no me da cuidado
el prior...

—Ni á mí el prelado;
al cabo son del oficio.

—Lo que me espanta, y confieso
que ha de contenerme al fin,
es este infame Morín.

—¡Pues si no fuera por eso!...

CONSULTOR DE FELIGRESES

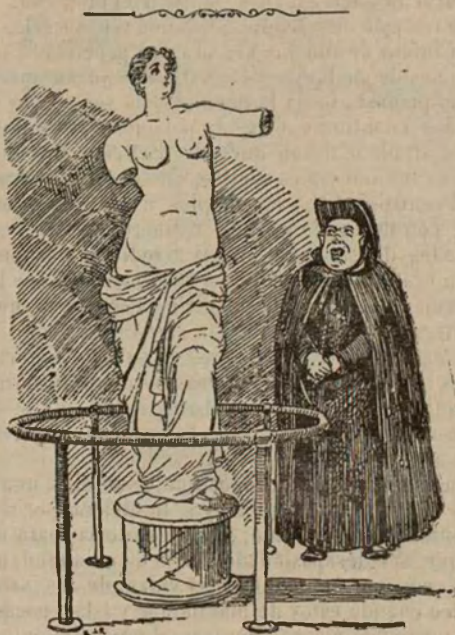
Los curas ofrecen el cielo á las almas del purgatorio.

Suponiendo que el purgatorio y el cielo existan (lo cual es ya mucho suponer) ¿cómo prueban que se ha verificado la traslación?

Y no probándola ¿tienen derecho á cobrar nada por ese servicio?

—No, no lo tienen; mas no hay otro remedio que creerlos bajo su palabra. Acuda usted á los tribunales en demanda de justicia contra cualquiera que haya dejado de cumplirle una cláusula de un contrato, y se la harán cumplida. Pero acuda usted demandando á un cura por no haberle demostrado que ha cumplido lo que ofreció *por cuanto vos contribuisteis*, de trasladar al cielo un alma del purgatorio, y es muy posible que dé usted con sus huesos en la cárcel.

Para evitar estas dudas y estos disgustos, sólo hay un medio: abstenerse prudentemente de darles un ochavo.



Más de un cuarto de hora lleva
ante la estatua embebido
un presbítero fornido
que á Venus toma por Eva,
y los sesos se devana
y abre tamaños ojazos
pensando cómo sin brazos
pudo coger la manzana.

—Al ver los pies descomunales que usan á diario los presbíteros ¿no se le ha ocurrido á usted pensar que salen fatalmente destinados al sacerdocio los hombres cuyas extremidades inferiores exceden del tamaño común?

—No, señor, no se me ha ocurrido, porque tiene esta explicación sencilla. Ninguna familia distinguida dedica sus hijos al sacerdocio. Entre usted en un seminario, y comprenderá al punto, al ver aquellas caras vulgares, que han sido formadas del barro más grosero. La educación que allí reciben no es tampoco á propósito para inspirar ideas de buen gusto que neutralicen la rudeza de la forma. De ahí que el cura resulte siempre un ser ordinario, aun comparado con los hombres más vulgares de otras profesiones.

Si no le conviene la explicación, busque usted otra mejor y más razonable.

BROMA INGENIOSA

Varias veces he pensado en hacer una diablura que me diese materia para reír el resto de mi vida; pero me he abstenido por no proporcionar un mal rato á las personas que me quieren.

Diablura que hubiera consistido en dar la noticia de mi muerte de una manera que hubiese permitido á los clericales afirmar que la mano de la Providencia había intervenido para castigarme por mi impiedad recalcitrante, ó bien que me había reconciliado á última hora con la Iglesia. En cualquier caso de estos, habría dado gusto oír á los clericales.

Dado el primer caso ¿qué de variantes á la frase vulgar de que Dios castiga sin palo ni piedra! ¿Qué de artículos estúpidos en la prensa nea! ¿Qué de tonterías en los pulpitos! ¿Qué regocijo en las sacristías y demás sitios mal olientes!

Y dado el segundo ¿qué de argumentos en pro del poder avasallador de la fe, que había triunfado de una impiedad tan arraigada como la mía! ¿Cómo me hubieran traído y llevado para aplastar con mi ejem-

plo á los demás impíos! Es posible que hasta hubieran dicho misas por el eterno reposo de mi alma. ¡Misas por mi alma! Me habría desternillado de risa.

¡Con cuánto gusto hubiera saboreado, metidito en un rincón, lo que contra mí ó en favor mío se hubiera dicho! Muchos que pasan por amigos míos, me hubieran hecho blanco de su imparcialidad; muchos que se creen mis enemigos, me habrían dedicado un recuerdo cariñoso.

Y cuando unos y otros hubieran satisfecho su buen deseo ó su rencor oculto; cuando los clericales hubieran explotado mi nombre para sus fines, bien vilipendiéndolo, bien ensalzándolo; cuando me hubieran hecho víctima de misas, responsos y demás gracias espirituales, y unos me supusieran en el cielo, otros en el purgatorio, algunos en el infierno; y este correligionario me anatematizara por mi inconsecuencia, y aquel dijese que la había previsto, y el de más allá escupiera sobre mi memoria, ¡con cuánto gozo exclamaría ¡aquí estoy!, enristraría la pluma, me burlaría de todos, y soltaría una carejada cuyos ecos durasen hasta mi verdadera muerte!

La broma tendría para mí otra ventaja, á más de la que he indicado de proporcionarme alegría para el resto de mi vida: la de conocer lo que piensan de mí las gentes, y al *reanudar mi existencia*, saber con quién me las había.

Pero, nada, no me he atrevido; el temor de disgustar á las personas que me quieren puede más en mí que el deseo de dar ese bromazo á los neos.

No se puede tener corazón.

Hartos ya de soportar,
allá por Navamelonos,
las injustas agresiones
del párroco del lugar,
los vecinos una manta
cogieron, y allí embutiendo
la masa del reverendo,
tan maciza como santa,
con su peculiar donaire
y con impia frescura
el cuerpo del pobre cura
sacudieron por el aire.

Y aun dice el páter (que es feo
como noche de tormenta)
que el público por su cuenta
le ha regalado un manto.



Fraile ó clérigo que das
asunto para EL MOTIN,
medita un poco, y verás
que esto es darte á Satanás
y que este será tu fin.

PUNTO DELICADO

Acerca de si conviene ó no conservar en torno de los niños, y particularmente de las niñas, esa atmósfera de completa ignorancia acerca de las condiciones de la vida, Mad. Adam, directora de *La Nouvelle Revue*, Walter Besant, Bjorson, Sarth Grand y otros escritores, coinciden en considerar necesario que se enseñe á conocer á los niños el mundo y la vida. Max Nordau concreta así su pensamiento:

«La ignorancia es la madre del vicio y del pecado; la ciencia, administrada convenientemente, con cuidado y diligencia, no causará mal alguno. Me parece absurdo dejar á un ser humano adulto, hombre ó mujer, poco importa, estacionado en la oscuridad en lo que concierne al hecho más importante de la vida: la generación. No hay hombre de sentido que crea que el espíritu de una joven después de terminado su crecimiento pueda estar como luz bajo el celamín. A menor que sea absolutamente idiota, será constantemente solicitada su atención por fenómenos emocionales ó físicos, de los cuales es teatro su propio organismo.

Si no se le ofrece una explicación que la satisfaga acerca de lo que pasa en su cuerpo y en su espíritu, su imaginación hará esfuerzos desesperados para encontrar respuesta á sus preguntas; y sus ficciones desordenadas, basadas probablemente en un arte enfermizo, en una literatura detestable, en comedias sugestivas y en las conversaciones del salón ó de la mesa, desviarán la pureza mental de la pobre joven, lanzándola en una dirección más alarmante de aquella en que hubiera podido impulsarla una brutal enseñanza fisiológica.»

Electivamente; nada más expuesto al extravío de los sentidos que la revelación súbita del misterio de la generación; y de todas las formas en que esa revelación puede llegar á una joven, ninguna más peligrosa que la que sale del confesionario.

Para convencerse de esto, basta leer lo siguiente, copiado de uno de los libros que se ponen en manos de las niñas para prepararlas á la confesión:

«Si ha tenido pensamientos torpes y á sabiendas, deteniéndose ó complaciéndose en ellos, ó si ha deseado la ejecución; cuántas veces, con qué estado de personas, sin nombrarlas.

Si ha tenido afición peligrosa ó deshonestas. Si ha dicho palabras torpes; si ha cantado ó oído cantar canciones deshonestas; si ha leído libros lascivos.

Si ha pecado con soltera, casada, pariente, ó con persona que tiene hecho voto de castidad; si lo tiene hecho él, y si el pecado lo cometió en lugar sagrado.

Si ha tenido tactos deshonestos consigo á solas ó con tercero; si ha enseñado modos de pecar.

Si está amancebado ó encenagado en este vicio; si ha cometido pecado de sodomía ó bestialidad.

Si ha usado de tercero; si lo ha sido, ó encubridor; si tiene pinturas deshonestas.

Si siendo casado ha negado el débito á su consorte, no teniendo causa legítima, ó usado mal del matrimonio.

Si se ha deleitado de un mal sueño después de él; si ha usado de malos trajes, desaliños ó afeites con mal fin.»

Es imposible calcular el efecto que en una joven debe producir la lectura de esas páginas, y aterra pensar en las explicaciones que le dará el confesor para que pueda contestar á las preguntas que le haga, y cómo se apartará después del confesionario la que se acercó á él inocente y pura.

Y cuidado, que no hablo de un confesor torpe y libidinoso, como los hay, como forzosamente tiene que haberlos; si no del más casto, del mejor dispuesto á no ver en la joven más que una penitente. Por grande que sea su dominio sobre sí mismo y por superior que sea su talento, se verá hondamente perturbado al tocar este punto. Y mientras con menos claridad hable, más despertará la curiosidad, más campo dejará á la imaginación. Siempre la eterna leyenda del fruto prohibido.

Es conveniente, por lo tanto, que la ciencia se encargue, siempre dentro de la serenidad que es su norma, de impedir que las jóvenes pidan á la ignorancia consejos y al instinto soluciones.

POR QUÉ SOY ANTICLERICAL

Así como hay quien nace con facultades privilegiadas para la música, mientras otros no pueden nunca establecer la diferencia que existe entre el canto llano y el flamenco, hay también quien entra en el mundo con la facultad envidiable de sentir (ya que ver y comprender no le sea dado á la misera criatura humana) las inefables dulzuras de la gracia, los arrobadores éxtasis del misterio.

Yo, por mi desgracia, me he presentado en el planeta sin esa facultad. ¿Es mía la culpa? No, como tampoco lo es del ciego de nacimiento el no ver; y por tal motivo me he pasado la vida sin preocuparme absolutamente de las verdades de nuestra santa religión. Y digo nuestra, porque, aquí donde ustedes me ven, estoy bautizado como cualquiera hijo de vecino, y aun creo que confirmado, y hasta he oído mis misas en aquella preciosa y nunca bien llorada y estúpida edad de la inocencia, en que el alma, abriéndose al sol de la fe como la flor al de nuestro sistema planetario etc., etc., no sabía absolutamente lo que se pescaba.

Pero aun entonces, lo confieso con rubor, ni me enfriaba ni me calentaba nada de aquello; (exceptuo la impresión desagradable de frío que debí de recibir al mojarme la cabeza para borrarle el pecado que Adán y Eva cometieron, y del que, lo declaro con la mano sobre el pecho, no tenía la menor noticia en aquel instante, ni creo tenerla todavía.)

Así es que opino, sin duda por aquello de «cree el ladrón que todos son de su condición» que lo que á mí, les ocurre á todos los que piensan algo en estas cosas, si es que realmente piensa alguien. Aun cuando sí; hay muchos que piensan, y que deben pensar, por la relación estrechísima que hay entre la fe y la adquisición del vil garbancete. Sin esto, ¿quién iba á perder el tiempo en hablar de asuntos religiosos?

¡El dogma! ¡Los misterios! ¡Los milagros!... Sólo

en broma se puede hablar ya de esto. Además, resulta perfectamente inútil. Al que cree, no hay medio de convencerle; su interioridad intelectual le impone la creencia, y no es cosa de perder el tiempo en disuadir á los imbéciles; y al que no cree, pero que le conviene aparentarlo, sería una necedad indisculpable hacerle argumentos que de seguro tiene olvidados.

Todavía, sin embargo, á título de entretenimiento podría ser disculpable el hablar de esas cosas, si no se viese á las gentes de Iglesia en acecho detrás de ellas para atacar nuestra bolsa, quitarnos la libertad, é intervenir en todos los actos de nuestra vida, por que esto ya si que no puede echarse á broma.

La decadencia, la postración, la ruina de España se acentúan cada día, debido á que no pasa hora sin que se retiren de la circulación grandes sumas de dinero sacadas á la piedad, á la inocencia, á la ignorancia, al par que á la inmoralidad y al vicio, sumas que no vuelven á servir de motor á la actividad industrial ni mercantil, y que de volver, se emplearían en preparar la guerra civil ó combatir el progreso.

La red está bien tendida, hay que reconocerlo. Desde la infeliz devota que compra una papeleta de cinco céntimos de cualquier rifa realizada con un aparente objeto piadoso, hasta la encumbrada señora que lega mandas cuantiosas ó regala palacios á las comunidades; desde el devoto que echa diez céntimos en uno de esos innumerables cepillos que hay á la entrada y en el centro de todos los templos, hasta el que contribuye con miles de pesetas al dinero de San Pedro; desde los desgraciados que se arrodillan á la puerta de un oratorio para pedirle á Dios pan para sus hijos y arrojan por la rejilla los últimos céntimos que le restan, todos contribuyen á la ruina de España.

Y como uno de los primeros deberes de todo español es impedir que nuestra madre común se arruine, de aquí la necesidad de combatir sin tregua ni descanso al clericalismo, que se la va á comer por sopa si no acabamos pronto con él.

Sin esto, yo soy uno de los que ya no diría una palabra acerca de la religión, y si lo hiciera, sería únicamente por distraerme, porque materia para esto, hay que ser desapasionados, si la da en abundancia. Nada más entretenido que las vidas de los santos. Las leo cuando estoy de mal humor y á las pocas líneas me pongo alegre. Ensayen el procedimiento mis lectores y me agradecerán la noticia.

No es, pues, el fanatismo del sectario lo que mueve mi pluma; es la convicción indestructible de que todas las religiones embrutece y empobrece y empuñecen, aun cuando se afanen por demostrar lo contrario los que de ellas viven y los que á ellos se arman para vivir.

UN MANIFIESTO

La comisión nombrada por el meeting del 17 para continuar los trabajos de organización de la unión republicana, ha discutido y aprobado un manifiesto, en el que, después de hacer una relación exacta de lo ocurrido en aquel acto para que no se extravié la opinión con los falsos relatos de alguna parte de la prensa republicana, dice á los correligionarios:

«Si entendéis que los republicanos españoles debemos continuar divididos, esterilizando las ideas más fecundas, malgastando nuestras fuerzas y nuestras energías en luchas intestinas y fratricidas; si juzgáis que debe continuar la marcha seguida durante más de veinte años, que ha llevado á la tumba dos generaciones de héroes, y ha puesto al borde de la misma nuestra fe y nuestras esperanzas; si estimáis, en suma que las antiguas fracciones republicanas deben continuar destrozándose mientras el común enemigo goza con toda tranquilidad los beneficios que le proporcionan nuestras mutuas disensiones y querellas.... decidlo con franqueza, y retirémonos á la vida privada á llorar nuestras desventuras y la triste suerte de las futuras generaciones amantes de la libertad, de la dignidad y del progreso.»

«Mas si, por el contrario, creéis que ha llegado el momento de sacudir toda clase de yugos, incluso el de la pereza y degradante pasividad que nos enerva; si entendéis que las masas republicanas tienen derecho á que se les atienda cuando pidan que se rectifique el rumbo antes seguido, ó que se cambie de campo, de plan ó de táctica en la lucha; si queréis que, en lo posible, se depure el régimen democrático de los vicios de que se ha contaminado, merced al corrompido ambiente en que vive... en ese caso tomad vosotros ahora la iniciativa en vuestras respectivas localidades, distritos y provincias; agitat sin cesar la opinión con manifiestos, reuniones y discursos; concretad vuestras aspiraciones y vuestras ideas respecto del procedimiento y medios que debemos emplear para ponernos en comunicación constante, á fin de llevar á feliz término una unión franca y leal, y tan duradera como sea necesario para restaurar, consolidar y conservar la República.»

Veremos qué dicen ó qué hacen las provincias. De su actitud depende que el acto realizado en Madrid no quede en una nueva y generosa tentativa de unión.

Casi todos los que no creen en religión alguna, son honrados; hay en cambio muchos que creen en ella y no lo son. ¿Cómo me explica usted esto?

—De este modo: todos los que se ven exhaustos de condiciones morales, necesitan el apoyo de la religión.

Leo que ha escrito no sé dónde el catedrático centralista Sr. González Serrano:

«Contra la inmoralidad y la reacción religiosa debiéramos ir primero los republicanos y debieran después ir todos los golpes de su maza.»

Esta frase es todo un programa. Conseguido eso, todo lo demás nos sería dado por añadidura.

Pero no queremos entenderlo así, y así nos vemos.

Un cura de Bermeo prestó á unos aldeanos 15,000 reales á réditos, hipotecándole un caserío. ¡Alma hermosa!

Varias veces quisieron pagarle antes de vencer el plazo, pero el cura se negó. ¡Corazón magnánimo!

Al cumplir el plazo se presenta en el caserío con el juez, y planta á los aldeanos en la calle. ¡Amante de la ley!

Al poco tiempo llegan las fiestas del pueblo, y desde el pulpito truena contra la usura. ¡Imparcialidad sublime!

Los aldeanos, espejados se indignan al oírlo y arman tal escándalo que son arrojados de la Iglesia. ¡Pobres inocentes!

Y no hubo más.

Ha sido condenado á presidio el párroco de Gandiera, departamento del Gard, por haber dado brevajes para que abortara á una joven de 16 años seducida por él.

Sin el absurdo ó impracticable voto de castidad, quizás ese cura hubiera sido honrado.

El obispo de Madrid bendecirá solemnemente al pueblo en la catedral el día 8, en lo cual se ganará indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados.

Buen trozo de vaca para el cocido de aquel día y buena manta para aquella noche.

¡Y luego se quejarán esos sibaritas de pobres!

Vamos progresando.

Antes, los hombres públicos que se vendían y las mujeres públicas que se dejaban comprar, comían y callaban.

Ahora, ellas pretenden dar patentes de honradez, y ellos de consecuencia.

¡La fin del mundo!, como dice la gente flamenca.

El clero católico francés ha hecho pompas fúnebres por el czar de Rusia.

Pero, ¿en qué quedamos? ¿Se salvan los que no son católicos? Por que si no se salvan ¿á qué vienen esas fiestas?

Y no lo pregunto por mí, sino por los imbéciles que dicen que creen en otra vida.

Las hermanas beatas de la Divina Pastora se lamentan de que un joven, al que dieron generoso asilo durante el verano, vaya ahora de pueblo en pueblo implorando la caridad en nombre de ellas, enseñando un Niño Jesús.

Viento ese joven que las hermanas viven bien pidiendo en nombre de Dios, cogió á su hijo y se echó por esos mundos á buscar la vida á costa de los tontos.

¡Oh influencia terrible de los malos ejemplos!

El 30 por 100 de los obreros que dependían de los ingenieros municipales, cobraban y no trabajaban. Vamos, que parecían frailes.

Los que debían parecerlo ahora, en lo de estar en una celda (de la Cárcel modelo) son los que lo consentían ó apadrinaban.

Pero esto es pedir gollerías en estos tiempos.

Todavía no se ha terminado la sumaria instruida con motivo de la primera explosión del Machichaco.

Que no se termine nunca, para que no tengamos una prueba más de que el Código penal no se ha hecho para los poderosos.

Por haber dado la pícara casualidad de que han desaparecido de Paymogo una joven muy guapa y un cura muy cura, ya dicen las gentes mal pensadas que están juntos.

Si efectivamente lo estuvieran, aquí tienen ustedes un ciudadano que alabaría el gusto de él, ya que no el de ella.

¿Que un cura ha maltratado en Móstoles á un aprendiz de sacristán?

El que ama el peligro en él perece, el que anda con la pez se untará, y el que se arrima á un cura se expone á esos percances.

Por lo tanto, á otra cosa.

Varios músicos de Alcalá de Chisbert quisieron tocar en una misa que mandaron decir, y el cura no los dejó porque eran republicanos.

Hizo bien el cura, por más que republicanos que mandan decir misas, ni son republicanos ni católicos.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.